

LA VERGÜENZA

CRISTIAN FULAŞ

TRADUCCIÓN DEL RUMANO Y NOTAS
DE BORJA MOZO MARTÍN



«Mis proposiciones esclarecen porque quien me entiende las reconoce al final como absurdas, cuando a través de ellas —sobre ellas— ha salido fuera de ellas. (Tiene, por así decirlo, que arrojar la escalera después de haber subido por ella)».

«Tiene que superar estas proposiciones; entonces ve correctamente el mundo».

«De lo que no se puede hablar hay que callar».

LUDWIG WITTGENSTEIN, *Tractatus logico-philosophicus*¹

¹ Propositiones 6.54, 6.55 y 7 del *Tractatus*. Traducción de Jacobo Muñoz e Isidro Reguera (Alianza Editorial, 1989).

Tiemblo. Me tiembla todo el cuerpo, hasta la última fibra, sobre todo estas manos, no las puedo controlar. Mi nuca descansa sobre algo húmedo, me hago a un lado e intento calmar el temblor. Busco a tientas bajo la almohada, localizo los cigarrillos. La inseguridad se adueña de cada gesto, como si nada quisiera permanecer entre mis dedos. Al fin, la cajetilla. No tengo fuego. Trato de levantarme, me coloco de costado y me incorporo a duras penas. Una tensión horrible en la nariz, la noto a punto de explotar. No hay manera, no puedo incorporarme. Me tiemblan las piernas. Llego medio a rastras hasta el escritorio, encuentro una cerilla y vuelvo a la cama tiritando de frío. Miedo. Ahora a buscar un cigarrillo. Hace calor en la calle, y en la habitación entra una luz insoportable. Miedo. Consigo prender la cerilla al tercer intento, pero no acierto a dar con el extremo del cigarrillo. Me duele la nariz, tengo la vista nublada. Miedo. Una calada. Me entran ganas de vomitar. Consigo contenerme, pero me quedo sin aliento. Mi cara entera es un volcán. Bebo agua. El vómito vuelve a la carga. Agarro la botella, le pego un trago e intento sin resultado que el líquido baje por mi garganta. Al final lo consigo. Un renovado vigor recorre de pronto todo mi cuerpo. Entro en calor y empiezo a pensar. Me meto sin respirar otros tres dedos de alcohol.

¿Dónde estuve anoche? ¿A qué hora llegué aquí? ¿Habré cerrado la puerta? ¿Dónde habré puesto el teléfono? Deja, ya

lo verás luego. De momento, a recuperarse un poco. Ah, mira, ahí está. Cinco llamadas. Estupendo. ¿De quién serán?

Me levanto como puedo y consigo llegar hasta el recibidor.

Tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo tiemblo

Me miro al espejo y doy un paso atrás. Tengo la nariz partida e hinchada, y la mitad de la cara negra. El ojo izquierdo no veo manera de abrirlo. No recuerdo lo que pasó, tal vez lo haga más tarde. Vuelvo a fijarme: la mano izquierda también hecha polvo. Qué raro. Voy al baño. Al volver, me tiemblan hasta los tuétanos. La escalera cruje bajo mis pies, para variar. Avanzo apoyándome en las paredes, en el pasamanos. Me cuesta horrores llegar a la habitación. La botella está en su sitio. Me abalanzo sobre ella y sigo bebiendo mientras fumo sin descanso. No guardo ningún recuerdo de anoche, como si nada hubiera sucedido desde el principio de los tiempos.

Es verano y aprieta el calor. Demasiado. Parece que son más de las ocho, en la habitación hay ya muchísima luz. No se oyen los coches, la ciudad está de vacaciones. Pues muy bien, que siga así.

En mi calle hay veinte casas. Es una de las paralelas a Goleşcu, no queda lejos de la Estación del Norte. En general no se ve ni un alma por allí y es muy silenciosa. Cada casa está protegida por su correspondiente cancela cerrada con llave. Ambas aceras amanecen siempre cubiertas de coches, y como la ley permite aparcar a la buena de Dios, a los peatones no les queda otra que caminar por mitad del asfalto. En la esquina se pasa las horas aposentada en su eterna sillita una vieja gitana que lo sabe todo de hasta el último vecino del barrio.

La casa en la que vivo la construyó a principios del siglo xx un ricachón italiano, por lo visto un comerciante del mercado de Matache venido a más. Tiene tres pisos: un semi-sótano, una planta baja ligeramente elevada con respecto al

nivel de la calle y una buhardilla. Por fuera es un espanto. En la fachada no quedan siquiera diez centímetros de estuco en buenas condiciones. Las ventanas de madera pintada lucen plagadas de desconchones, y la chapa del tejado es pasto del mismo óxido que se ha apoderado de la valla y la puerta, ambas muy pequeñas. El jardín, que tampoco es que sea muy grande, está sembrado de hierbajos. En el semisótano hay una cocina con bodega, un recibidor, un baño minúsculo y una habitación desocupada. A la parte de abajo se accede por una escalera de madera en forma de espiral, que en su día debió de haber tenido su encanto. Ahora le crujen todas las juntas y la pintura se ha borrado por completo. La planta baja son básicamente dos habitaciones y otro recibidor, que hace las veces de cocina. Tampoco es que cocine mucho, la verdad, pero no está de más tener como mínimo un espacio donde colocar la nevera. La habitación del fondo también está vacía, si quitamos los miles de objetos que se amontonan en ella sin ton ni son y entre los cuales me veo obligado a escarbar a diario para encontrar algo concreto. Me da pavor ponerme a hacer limpieza allí, así que las cosas se quedan como están. La habitación en la que hago vida reúne las comodidades básicas y es muy luminosa. Tiene tres metros cuarenta de alto y tres ventanas enormes, de algo más de dos metros cada una, sitio de sobra para una cama, un escritorio de época, una biblioteca, un soporte para televisión, dos palmeras, una mesilla de noche con su lamparilla de rigor, un sillón y una alfombra persa azul heredada de mis padres. Está llena de polvo, pero así y todo tiene mejor aspecto que el suelo de madera. La buhardilla no está habitable, y probablemente nadie haya vivido nunca en ella. Allí tengo almacenadas las cosas del antiguo propietario, que nunca volvió para llevárselas. Un día las voy a tirar todas.

Sigo bebiendo y fumando a ver si se me pasa. Aumenta el dolor en la nariz y en los ojos. Me hurgo los bolsillos. Nada. Continúo buscando. En un recoveco, una pastilla. Un anti-convulsivo. Me lo llevo a la boca y lo empujo con un trago de alcohol; puede que así se calme el temblor. Enciendo la televisión, la apago, el sonido me irrita. Todo está patas arriba. Quisiera salir a estirar un poco las piernas, pero el temblor no parece dispuesto a concederme el menor respiro, y creo que me da vergüenza pisar la calle sobrio. Estoy hecho una pena, y por mucho que me esfuerzo no consigo recordar lo que pasó ni cómo llegué hasta casa.

Todas las llamadas perdidas son de mi hermana. ¿Qué querrá ahora? Me conozco su cantinela de memoria: «No bebas más, no te drogues, quédate en casa y búscate un trabajo, lo que sea, aunque no te paguen, que ya nos apañaremos de alguna manera, etc.». No me apetece escucharla.

Me levanto y me acerco a la ventana. La calle está desierta, ni siquiera la gitana de la esquina ha ocupado su puesto. Tiene la extraña costumbre de sacar primero la silla, desaparecer, volver pasado un rato con sus cigarrillos y su inevitable bolsa de pipas, apoltronarse y no moverse ya más del sitio. Se la puede ver desde aquí si uno se inclina mucho hacia la izquierda y sabe hacia dónde mirar, aunque también aparece reflejada en las ventanas de los vecinos. Intento vestirme. A la botella le queda lo justo y sé que voy a necesitar algo de beber. Al coger los pantalones de la silla del escritorio los noto llenos de sangre aún fresca. Entro en la habitación de al lado y me hago con otros en medio del caos. Tengo treinta pares por lo menos, así que todo en orden. Me visto e intento limpiarme la sangre de la cara con un poco de agua. El ojo sigue prácticamente cerrado, pero me ha bajado la hinchazón de la nariz. Creo recordar que en alguna parte tenía unas gafas de sol. Dónde, no podría decirlo. Apuro las últimas gotas de la

botella, empiezo a encontrarme mejor. Parece que va remitiendo el temblor, no del todo, pero sí lo suficiente como para permitirme llegar hasta la esquina.

Busco algo de dinero donde siempre, bajo el colchón, en el lado derecho, entre las páginas del ejemplar de *La familia Moromete*² que guardo allí desde hace años. El primer tomo, mi libro favorito cuando me da por leer algo al azar durante cinco minutos.

Salgo por la puerta y me topo con la gitana. La saludo, me saluda.

—¿Se puede saber de dónde venías tú tan perjudicado, jomío, por la mañana a esas horas?

—Qué sé yo, mujer, qué sé yo.

Niega con la cabeza en señal de desaprobación, sin mediar palabra. Peores cosas habrá visto a lo largo de su vida.

Bordeo la valla unos cien metros rumbo a la tienda de la esquina. Por lo pronto voy a comprar cerveza para irme espabilando. Tengo que llegar hasta allí y volver. Entro en la tienda, un tugurio en un semisótano con tres escalones de hormigón, me dirijo directamente al frigorífico, agarro dos packs de cerveza y los planto sobre el mostrador. Me acerco a la máquina expendedora de café, introduzco un leu en la ranura y espero. El café huele bien, me apetece. Pago las cervezas y me llevo además dos cajetillas de tabaco. La chica del mostrador no se molesta en decir nada, está más que acostumbrada a verme desfilas por allí, sin saludar ni abrir siquiera la boca. Salgo, me siento en uno de los bloques de hormigón que hay delante de la ventana y apoyo en el suelo, a unos centímetros

² *La familia Moromete* es una de las novelas más celebradas de la literatura rumana de posguerra y está considerada como la obra cumbre de la narrativa de Marin Preda. Publicado en dos partes entre 1955 y 1967, este imponente fresco social sobre la desintegración del mundo rural en el periodo de entreguerras y de posguerra forma parte del imaginario popular de varias generaciones y ha sido llevado al cine en dos ocasiones.

de mi pie, el café y la bolsa con las cervezas. Abro los cigarrillos. Me levanto, entro de nuevo en la tienda, cojo un mechero del mostrador y suelto el dinero. La misma secuencia de cine mudo. Vuelvo a subir los escalones y me dejo caer sobre el bloque de hormigón. Me bebo el café, fumo con la mirada perdida, abro una cerveza. Está fría, me sienta bien. Todo empieza a cobrar sentido. Noto que ya puedo despegar las mandíbulas. Me termino la lata a toda prisa y abro otra. Los recuerdos se niegan en rotundo a acudir a mí, así que renuncio a seguir dándole vueltas al asunto. ¿Tengo algo que hacer hoy? ¿Alguna cita prevista con alguien? ¿Y dinero? Parece que dinero sí, pero nada de citas. Podría ir por el centro. Aún tiemblo un poco de vez en cuando.

Me levanto para volver a casa. De camino, intercambio unas palabras con la gitana. Cruzo la puerta una vez más, subo las escaleras, me siento delante del escritorio y abro otra cerveza. Busco una camiseta, me cambio. Ya no tengo tan mala pinta. Recorro la agenda hasta dar con el número de un amigo, llamo, no responde. Estará durmiendo, son las nueve de la mañana y hace mucho calor. Encuentro las gafas de sol, lo bastante grandes como para cubrirme el ojo herido. Mejor así. Por lo menos nadie se quedará mirándome.

Recojo la mochila del suelo y la lleno de cervezas. Voy a ir a dar una vuelta por el centro. Decido llevarme también un libro. *La señorita Smila y su especial percepción de la nieve*. Por si me aburro. En verano, no hay mejor remedio contra el aburrimiento que la lectura. Pero ¿adónde ir exactamente? Tranquilo, ya lo decidirás sobre la marcha. Lo único que tienes que hacer es encontrar a alguien con quien darle a la lengua.

Salgo, cierro la puerta y dejo la llave en el buzón. Llevarla encima no es seguro, podría volver a perderla en cualquier sitio. Echo a andar hacia la izquierda para evitar encontrarme otra vez con la gitana. Ya la he visto lo suficiente por hoy.

Recorro la calle desierta con toda la calma del mundo. Ni un alma. Doblo a mano izquierda. Doscientos metros y me planto en la plaza. Cruzo para entrar por Ştirbei. Hay sombra, se está bien. Al pasar por delante de Anticorrupción, abro una cerveza. El gendarme de la entrada me observa con la mirada vacía de quien se pasa doce horas sin hacer gran cosa. No hay tráfico. No asoma ni una sola nube entre las ramas de los árboles. Camino a mi ritmo, sin prisa por llegar a ninguna parte. Fumo y bebo cerveza. Bucarest es una ciudad borracha, una cervecería pública, amplia y luminosa. Giro de golpe a la derecha, paso por la sede de la Nunciatura Apostólica y bajo en dirección al parque. Es tan bonito y se está tan fresco allí... A ver si me siento un rato. No queda lejos. Entro por el acceso que tiene ese armatoste de piedra, a medio camino entre un porche y un pórtico, y directo al manantial de Eminescu.³ Allí, elijo un banco para tomarme otra cerveza mientras observo a los perros de paseo. Es indignante que no los dejen correr en libertad. ¡Hasta en el parque se les exige que se comporten! ¡No hay derecho! Me termino la cerveza y me deshago de la lata en la primera papelera que encuentro. En marcha de nuevo. Subo por entre los bloques de Sala Palatului y atravieso el parquecito de la iglesia. Hay jaleo en Calea Victoriei, así que cruzo por donde puedo. Me meto por las callejuelas de la zona de la universidad y saludo a todos los libreros de viejo que exponen su mercancía a lo largo de sus muros. Ya ni sé cuánto hace que los conozco. Son gente que ha ido envejeciendo al mismo ritmo que las fachadas y las corrientes de aire de por aquí, gente por lo general bastante desgraciada. Me paro a charlar un rato con el Profesor, todo un personaje. Tiene el pelo blanco, viste de traje y sabe de libros lo que no

3 Mihai Eminescu (1850-1889) es el poeta más conocido de las letras rumanas y uno de los máximos representantes del romanticismo tardío a nivel europeo. En Rumanía, su figura se ha convertido con los años en un auténtico símbolo nacional.

está escrito. Me pide prestado algo de dinero, hoy todavía no le ha sonado la flauta. Se lo doy. Ya me lo devolverá cuando me pase por aquí de vuelta a casa a última hora de la tarde. Me adentro en el pasadizo, aprovecho para echarle un vistazo a los objetos variopintos que pueblan los escaparates y regreso a la superficie por la salida que va a dar justo a la puerta del Museo de Bucarest. Siempre me ha gustado ese edificio, tan pequeño y coqueto. Me encamino hacia una terraza tranquila que conozco en los alrededores. Llego enseguida. Quitando a unos cuantos estafadores de poca monta y sus respectivos cafés, el sitio está muerto. No quiero cuentas con ellos, así que directo a la barra a pedir una cerveza y un café. Los habituales del local me reciben con alborozo, soy un cliente habitual y de vez en cuando los invito a una ronda. Decido quedarme dentro. Uno de los muchachos me acerca el mando de la televisión para que ponga lo que yo quiera. Me dedico a beber mientras contemplo la terraza desierta: se respira una calma de lo más agradable a estas horas. No se mueve un alma. La ciudad se despereza, y aquí estoy yo plantado, viendo un documental de guerra, como de costumbre. Me encanta esta calma, tiene algo distinto. Lo bueno de madrugar es que uno puede disfrutar de este tipo de momentos. Las alegrías de la vida no abundan precisamente, pero de entre todas ellas me quedo de largo con la tranquilidad de una buena taberna. Hay cosas que no tienen precio.

La terraza empieza a animarse. Tiene mucha fama entre los alcohólicos de la ciudad por ser la única del centro con precios asequibles, y a algunos su nombre les suena casi a mito: Argentin. El propietario es un golfo de mucho cuidado que sirve bebida barata y de baja estofa, a juego con la fauna que suele darse cita aquí. A pesar del calor insostenible que hace en torno al mediodía, las mesas se llenan y la bebida corre a raudales. Pintas de cerveza, vino con sifón, gente

conversando... el maravilloso mundo de aquellos que se dedican a empinar el codo desde primera hora y no dan palo al agua. Todos los habituales del lugar disponen de alguna fuente de ingresos, aunque ninguna brille por su honradez, que digamos. Y todos ellos, salvo contadas excepciones, andan borrachos de la mañana a la noche. Lo extraño es que no se monte demasiada gresca. Si se da el caso, los muchachos de alrededor la sofocan al instante.

He decidido ir yo también a sentarme fuera. Comparto mesa con prácticamente los mismos todos los días: David el Judío, el Pitufó, Moncher y Alex Matetovici. Gente con historias. Si se pusieran de acuerdo, podrían juntar temas para una docena de novelas. David es un antiguo yudoca que llegó a ganar el campeonato de Europa hace veinte años. Al cabo de muchas peripecias fue a parar a Alemania, donde tuvo una pelea con un chino en un supermercado. El tipo se le había colado en la fila y él le sacudió un puñetazo, con tan mala suerte que el pobre infeliz fue a dar con la cabeza contra la caja registradora y murió en el hospital al día siguiente. David recibió su correspondiente castigo por aquella hazaña, y además le cayeron otros cinco años en Rumanía. Vive de lo que le va saliendo y anda metido en todo tipo de negocios, a cada cual más turbio. Tiene una amante diez años mayor que él, pero aparte se junta con otro vejstorio al que tiene mucho cariño y que debe de rondar los sesenta. Los tres beben como esponjas, y a todo eso hay que sumarle un bóxer llamado Oso. El Pitufó se dedica a las finanzas. Es un chico listo, aunque a alcohólico no lo gana nadie. Tiene casa, mujer y un hijo, pero el noventa por ciento del tiempo se lo pasa en bodegas y bares de mala muerte, borracho como una cuba y hablando por los codos. Alex ha sido obrero toda la vida, viene del norte del país y se aloja en casa de varias mujeres. Nadie sabe muy bien de qué vive.